

# José Luis Torres Vitolas

## Albatros

*Premio Alfons el Magnànim de Narrativa 2012*

LENGUA  
DE TRAPO

186





COLECCIÓN  NUEVA BIBLIOTECA

**Albatros**



José Luis Torres Vitolas

## **Albatros**

---

Premio Alfons el Magnànim  
de Narrativa 2012

 LENGUA  
DE TRAPO

**186**

Diseño de colección  
e ilustración de cubierta: Departamento de Diseño LdT



© del texto: José Luis Torres Vitolas, 2013  
© LENGUA DE TRAPO SL, 2013  
Marqués de Valdeiglesias 5, 5.º izqda.  
28004 Madrid  
Teléfono: 915210813  
[www.lenguadetrapo.com](http://www.lenguadetrapo.com)  
Correo electrónico: [prensa@lenguadetrapo.com](mailto:prensa@lenguadetrapo.com)  
Reservados todos los derechos  
ISBN: 978-84-8381-133-7  
Depósito legal: M-3222-2013  
Imprime: Kadmos  
Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Un jurado presidido por Francisco Morales Lomas, y compuesto por Carlos Andrade, Carlos Aganzo, José Vicente Peiró y César Gavela otorgó el Premio Alfons el Magnàmin 2012 de Narrativa en castellano a la obra Albatros, de José Luis Torres Vitolas.





*Justo iba a dar el paso  
cien y abandonó el camino.*

*Era febrero,  
una tarde llena de sauce.*



El tiempo tiene un miedo ciego a los relojes.  
César VALLEJO







## 1

El estómago te arde. ¿De dónde vas a sacar casi dos mil francos? Estás jodido, muy jodido. Y, otra vez, la voz de tu tío vuelve, Sergio. Vuelve.

—Tienes que irte del Perú, ¿me oyes? Y lo digo en serio. Irte, pero muy lejos. Ahora que puedes...

Avanzas, sabes que deberías haber almorzado. Aunque sea las lentejas de ayer que siguen en la refrigeradora. Mañana no servirán. Enciendes un cigarrillo. Caminas hasta el final de la rue Jean-François Bartholoni y llegas al Boulevard Georges-Favon.

El aire húmedo retiene algo del aroma de lo que se ha ido. Los autos están quietos, esperan la luz verde del semáforo. Percibes el olor del combustible. Cruzas la pista y ahí está el Plainpalais. Y otra vez tu tío, su voz. ¿Estarás lo suficientemente lejos, Sergio?

—¡Qué tal huevada, carajo! Esto no debería haber salido así... La cosa era diferente... Puta madre... Pero muy diferente... Vamos, chupa, sobrino... Así no es, ¿sabes? Así no es. Si no chupas, no llegarás lejos. Los contactos, los acuerdos, se cierran así. Los negocios necesitan gasolina, ¿sabes? Gasolina, recuérdalo. Si no tomas, la gente desconfía, ya te lo he dicho. Bebe, que estás conmigo. Además, tenemos un negocito que ver y cerrar el trato. Y hay que echarle combustible al asunto. Así que toma de una vez, carajo, y hazme caso, que esto se jode.

Continúas caminando por la rue Harry-Marc. Atrás queda la iglesia, atrás queda Dios. Avanzas hasta la avenida Du Mail y, de pronto, te sientes en la avenida La Colmena, allá en Lima. El desprecio estira tus labios. Es inútil. Todo se parece a esa ciudad gris, de cielo amargo. Primero Madrid, ahora Ginebra.

—No, sobrino... —elevaba la voz, bebía, elevaba la voz—. Te equivocas. Las apariencias engañan... La cosa está mal. Fujimori va a caer, ¿sabes? El régimen está hasta las huevas. Esto se hunde y se va para el hoyo. Así que escúchame bien, que te hablo como amigo, ¿sabes? No como tu tío ni como tu superior. No. Como amigo, ¿me oyes? Como amigo. Todavía tienes tiempo. ¿Yo? Ni de vainas, carajo. Yo no puedo. Tú, sí.

¿Estarás lo suficientemente lejos, Sergio? Miras el reloj. Las 5:37 p.m. No hace frío, pero enfundas las manos en los bolsillos y caminas cabizbajo. Vas escondido entre otros transeúntes, altos, bien vestidos. Sabes pasar desapercibido. Incluso aquí.

—No, no hay ningún problema. Se puede hablar. Ni que fuera huevón, sobrino. Estamos solos, así que con confianza que no hay micros. No, no hay nada sembrado en esta sala ni en la otra. Arriba sí, pero aquí no. Así que, tranquilo, que no pasa nada. Créeme.

Te adentras por una calle estrecha, muy limeña. El cigarrillo se termina como un pequeño reloj de fuego. Arrojas el pucho al suelo y lo aplastas con el pie. El estómago te quema. Deberías haber comido esas malditas lentejas. No aguantarán un día más. Mañana no servirán. No, mañana ya no.

—Te doy un mes para que arregles tus cosas y te vayas. Shisst... Calla, calla. Yo me encargo de tu baja y de todo lo demás. Madrid es un buen sitio, ¿sabes? Ahí está la Dora. Ella te va a recibir.

Doblas a la izquierda y avanzas por la rue Charles Humbert. Lima. Lima. Lima. Lima. Muy Lima todo. Desde un local



con amplias ventanas de cristal se oye un huayno. *No importa aquí o más allá, que para mí todo es lo mismo...* Piensas en aquel día cuando partiste, rápido, demasiado. *Soy un viajero sin destino...*

—Eso, eso, bravo, sobrino. Ya vaciaste el vaso. ¡Así! ¡Así hay que tomar, caracho! Bueno, bueno, ¿en qué iba...? ¿Tienes plata? ¿No estarás misio, verdad? Supongo que habrás ahorrado algo. Con los trabajitos que has tenido deberías tener de sobra, ¿no? Perfecto, perfecto. Eso está bien. Siempre hay que tener reservas para las contingencias.

En la puerta de ese local ves al Cucaracha que se asoma. Tiene una botella de cerveza en la mano y mira hacia la calle. Bebe, escupe, bebe. Te detienes. Dudas. Mierda. *Aun de muerto caminando, recordaré mis pasiones...*

—¡Qué huevada! Esto se hunde. Se hunde. El plan era otro, ¿sabes? Qué cagada... ¿Quién iba a pensar que con este iba a repetirse lo de Belmont? Sí, pues, sí... Nos fallaron los cálculos.

Después de casi veinte años, el Cucaracha apenas ha cambiado. Su cuerpo quemado solo está más viejo, encogido. Sus ojos rojos, pequeños, ansiosos, siguen vibrando, alertas, con la risa y la bronca a punto de estallar en cualquier momento.

—¡Putra madre! Debió darse el golpe como estaba previsto, carajo... Todo hubiera sido diferente. Pero, no, pues, se cagó la cosa. Nadie vio al Chino. Nadie.

Miras el reloj nuevamente. Otro huayno empieza y, esta vez, observas con atención el local. En letras rojas lees Librería Albatros.

—¡Conchesumadre! ¡Viniste, hermano! —el Cucaracha se acerca, te abraza, te aparta, te mira, te abraza—. Carajo, quién iba a decirlo, tú aquí... ¡Aquí!

Y guardas silencio, evaluando, midiendo. El incendio en el estómago te obliga a entrecerrar los ojos. Las lentejas, las

malditas lentejas. El Cucaracha apesta a sudor, ají, cebolla, cerveza, tabaco. Otra vez aparece la avenida La Colmena y ella. Ella. Ella. Todo está donde debe de estar. Ella, él, tú, la oscuridad. Enciendes otro cigarrillo.

—¡Rodrigo! ¡Rodrigo! —grita el Cucaracha hacia el interior de la librería—. ¡Ya llegó mi pata!

Un hombre se aproxima con un par de botellas. Deberías haber comido. Las lentejas ya no servirán.

—Hola —el tipo que se llama Rodrigo sonrío y te entrega una cerveza.

—¿Qué tal...? —escupes el humo al hablar.

¿Estarás lo suficientemente lejos, Sergio? El fuego crece, te destroza por dentro, lo consume todo, quemando tus entrañas.

## 2

He venido especialmente por ti, ¿sabes? Apenas vi tu nombre... No, no, no te preocupes. Esto será rápido. Si te portas bien, no habrá problemas. Vas a ver que esto es una mera formalidad. Solo tienes que colaborar. Nada más. Sé que tú eres diferente a tu amiguita... Porque lo eres, ¿no? Tú no traicionarías a tu patria, ¿verdad? Ya, ya... Cálmate. Yo te voy a ayudar. Que no te asusten los chicos. Son algo toscos. Y más, después de un operativo como este. Siempre se quedan un poco nerviosos. Sobre todo Pinto. Pero no pasa nada. Te voy a cuidar. Ya les he dicho que te traten como a mi niña. ¿Ves? Eso les he dicho... Que eres mi niña. Así que ahora te tienes que portar bien. ¿Me oyes? Bien. Además, no te pido gran cosa. No es nada del otro mundo. Ya te lo he dicho. Apenas una formalidad.



### 3

Había aprendido a mirar a todas partes, a tener cuidado. Guardó el papel en el bolsillo y salió. Radio Amazonas quedó atrás. Siguió por la calle Tungasuca y llegó hasta la avenida María Parado de Bellido. Cruzó la pista y aguardó a la combi. Una llegó totalmente vacía y prefirió esperar a otra. Concha de tu madre, le maldijo el cobrador. Si no vas a subir, ¿para qué te paras, huevón? A los pocos minutos, un hombre se detuvo a su lado. Era alto, con el pelo corto. Su casaca era negra, un poco ancha. Tenía un periódico bajo la axila. Dudó: ¿seguir avanzando o quedarse? Había mucha gente a esa hora. La panadería del otro lado de la calle estaba llena. Optó por permanecer allí. De momento parecía lo mejor. Ya ningún lugar era seguro, solo había sitios con mayor o menor peligro. El cielo gris de Santa Inés cedía, la noche se acercaba despacio. Pensó en ella. Recordó aquel día, meses atrás, cuando la volvió a encontrar después de tantos años.

—¿Laura? ¿Laura Centeno?

—¿Sí...?

—¿Te acuerdas de mí?

—No...

—¿De verdad?

—En serio.

—¿O sea que no me reconoces?

—No, ¿quién eres?

—¡Tú estás igualita!

—¿Te conozco?

—Mírame bien. Aunque, claro, quítame unos kilos y...

—¿Marco?

—Sí... Marco Estrada.

—¡Marquito! ¡Qué gusto!

—¡Qué gustazo!

Y, entonces, en medio de la calle, el abrazo, uno largo, atrapando y recobrando recuerdos. ¿Dónde estaría? ¿Qué le habría pasado? La última vez no quedaron tan bien. Todo empeoró después del cumpleaños de ella. Volvió a observar al tipo de la casaca negra. Seguía ahí, quieto, sin leer el periódico. A ratos miraba el reloj como aguardando algo. No a la combi, otra cosa. Estaba seguro de que ese hombre estaba allí por otra razón. Era una espera diferente. No sabía por qué tenía esa certeza, pero trató de parecer tranquilo, distraído. Una mujer y su hija pequeña se detuvieron también. Nada de mañoserías, ¿me oyes? No te sueltes de mi mano. Acá, te he dicho. Acá, quieta. O ya vas a ver.

—¡Cuánto tiempo, Laura!

—Sí, pues...

—¿Desde cuándo estás por acá?

—Hace ocho años...

—¿Tanto tiempo en Santa Inés? ¡Qué bárbaro! Nunca te he visto.

—No, no... Ocho años en Lima. Aquí llevamos dos meses nomás.

—¿Llevamos...? ¿Te has casado?

—No, no... Estoy con mi tía Paula.

—¿La que te visitaba allá, a veces?

—Sí, sí... Ella.

—Es que es una suerte, Laura.

—Qué bárbaro, ¿no?

—Por supuesto.

—Y justo la vez pasada, con mi tía, me estaba acordando de ti.

—¿Ya ves? ¿Ya ves? Estas cosas no pasan así nomás.

—Después de tantos años, es casi un milagro.

—¡Claro! Uno no siempre se encuentra con los amigos que pierde.

—Sí, pues... Con lo grande que es Lima.

—¡Y aquí en Santa Inés, todavía!

Ya iba un par de semanas sin saber de ella. Quedaron aquel viernes para verse en el chifa un ratito y no apareció. Desde entonces no tenía noticias suyas. Quería verla, hablar, contarle. Nadie antes le había entendido de semejante manera. A veces, durante los fines de semana, le entraban unas enormes ganas de ir a buscarla a su casa o, quizá, acercarse a hablar con su tía Paula. Pero la anciana a él no lo quería ni ver. Seguramente si fuese a preguntarle, no le diría nada.

—Vamos, te invito un chifita.

—No puedo.

—¿De verdad? Está cerca. Mira, ¿ves esa antena? Es Radio Amazonas. Allí trabajo. Y al ladito nomás preparan un...

—En serio, no puedo.

—Qué pena...

—Es que mi tía me espera.

—Bueno, tal vez otro día.

—Pero el miércoles...

—¡Bacán!

—No, no, mejor el jueves. Sí, el jueves, sí.

—¿Dónde te busco?

No debí decirle nada, pensó. Recordó esa noche en el cumpleaños de ella, su salida torpe, gritando, molesto con

Laura... Recordó, sobre todo, lo que pasó después, durante la conversación en el chifa, cuando le mostró las fotos de ese. Más personas se acercaron a esperar en la esquina. El hombre de la casaca miró su reloj y, después de maldecir entre dientes, se alejó caminando. Al verlo irse, respiró más tranquilo, pero siguió alerta. No le gustaba haber perdido la pista de Laura. La echaba de menos. Más en ese momento. Se sentía solo, demasiado. La combi seguía sin llegar. Las luces de las casas se iban encendiendo poco a poco. Cuando el poste iluminó su esquina, sacó el papel de su bolsillo y relejó otra vez las últimas líneas:

La presente la dirigimos a usted con el fin de que le dé la mayor difusión posible a la lista de ajusticiamiento de Sendero Luminoso de los indeseables de Santa Inés. Esta lista entrará en vigencia a partir de las cero horas del día 18 de los corrientes reiniciando así nuestras actividades de limpieza de malos elementos.

Le enviamos la presente confiando en su apoyo y porque usted es una persona muy intrépida en las acciones periodísticas. En caso de no escuchar será Ud. el n° 5.

Atentamente,

Comité de Ejecución de Sendero Luminoso.